

Misión Nacional de Venezuela

HE AQUI AL HOMBRE

Pedro Trigo

Proseguimos nuestro intento de suministrar material para la Misión Nacional con estas reflexiones sobre el tema el hombre. En un asunto tan inabarcable acecha el peligro de la dispersión: hablar y hablar sin una perspectiva definida y un objetivo concreto. Para nosotros el eje sistematizador del discurso cristiano sobre el hombre no puede ser otro que Jesús, el hombre nuevo. Y el objetivo no puede ser ilustrar las mentes repasando el acervo doctrinal

cristiano sino tocar algunos aspectos que tienen que ver con la situación del hombre venezolano. Tratando de atender ambas exigencias presentamos un esquema de antropología cristiana y a continuación explayamos algunos tópicos. Se trata de prestar un servicio a los agentes pastorales que son quienes tienen que confrontar con la situación concreta del grupo materiales que no pueden pretender otro rango que el de auxiliares.



HE AQUI EL HOMBRE (Jn. 19,5)

Los cristianos no tenemos una teoría general sobre el hombre. El cristianismo no es una ciencia ni un conjunto de ciencias ni una filosofía. Tampoco los cristianos tenemos atesorada en un depósito la experiencia de toda la humanidad. Cuando los cristianos hablamos del hombre o hablamos de nuestra cultura particular sacralizándola o hablamos de Jesús, el hombre nuevo y de lo que su irrupción significa para nosotros. Así pues, cuando hablamos sobre el hombre los cristianos hablamos: 1) De nuestra meta que nos trasciende absolutamente, pero a la que somos llamados (Jesús, el hombre nuevo). 2) De nuestro punto de partida, nuestra situación, que sólo desde la luz que proyecta Jesús puede ser reconocida adecuadamente. 3) De nuestra marcha hacia Jesús, camino que nos constituye, proceso que es fuente de luz viva sobre nosotros mismos.

1. Si para nosotros el Hombre (el hombre nuevo) es Jesús eso significa que el Hombre nos supera infinitamente y sin embargo que ese otro inalcanzable es nuestro futuro y cada uno de nosotros es personalmente llamado a transformarse en él. Hay, pues, en nosotros una desproporción, una tensión infinita; somos llamados a trascender y sólo así llegamos a constituirnos. Pero como nuestra meta es Jesús de Nazaret, nuestro futuro no es mera apertura sin nombre y la trascendencia a la que somos llamados no es negar la condición humana y nacer a otro modo de existencia. El futuro ya ha irrumpido hace tiempo en nuestra misma tierra y en nuestra propia historia. Se trata de convertirnos a él.

Desde Jesús se nos revela nuestra humanidad como ajena (El Hombre es Jesús) y como futura para nosotros; pero también se nos revela que ese futuro ya ha empezado para nosotros en cuanto nos convertimos a él.

2. Desde Jesús, nuestro futuro, se nos aparece bien claro nuestro punto de partida. Somos capaces de reconocer que de nosotros somos nada y pecado. Pero también se nos abren los ojos para vernos como hijos que somos de amor y para agradecer ese corazón que él ha creado, un corazón de

carne abierto a las personas y capaz incluso de corresponder a su amor.

Desde el hombre nuevo que estamos llamados a ser nos reconocemos como hombres viejos, necesitados de redención; pero también como creados a imagen de Dios.

3. Entre nuestro punto de partida y nuestro futuro no hay un abismo insalvable. Jesús es nuestro camino. Desde él sabemos que el hombre no se agota en la paradoja y que su suerte no es el conato agónico. El nos abrió el camino entre nuestro punto de partida y nuestro destino. Desde él vemos la vida como un proceso, un proceso personal y solidario capaz de superar el pecado y de atravesar incluso la barrera de la muerte. Si él es nuestro camino, eso significa que nos hacemos hombres en el seguimiento. Seguir a Jesús es creer que la verdad y la vida están encarnadas en nuestra historia y que es posible entregarse a ellas venciendo del egoísmo y del miedo. Así pues hacerse hombre nuevo es vivir de la fe. Y esto entraña una conversión, periódicamente renovada.

Hay camino para el hombre y este proceso sana las relaciones e instituciones humanas primordiales.

* * *

En la imposibilidad de desarrollar todo el esquema tomaremos un punto de cada una de las tres partes. De la primera tomamos el tema de la trascendencia y el lugar donde hoy se realiza entre nosotros. Puede parecer un tema abstracto pero, si, absorbidos por el desarrollo y preocupados por la crisis, nos olvidamos del otro nos perdemos todos como personas. De la parte segunda desarrollamos algunos enfoques insuficientes o errados con que encaramos el problema del mal, que sentimos lacerante y presentamos como alternativa la consideración del mal como pecado. En la tercera parte hemos abordado, como invitación para cada quién, el punto de arranque del proceso de personalización, y desde esta perspectiva hacemos algunas indicaciones sobre el tema del trabajo, siempre aludido en nuestro medio pero apenas enfrentado con honradez.

EL HOMBRE COMO META

OYENTE DE LA PALABRA

La mirada instauro un mundo desde el centro que es uno mismo; por la mirada (y por la razón que la dirige) uno conoce las cosas por la relación que tienen con el propio yo; desde esta perspectiva se ordenan y se dominan. La voz irrumpe en ese mundo desde fuera de él, desde otro centro. La llamada es una invitación a salir del propio mundo. Si uno responde a la llamada va más allá del mundo propio, conducido por la palabra ajena. El hombre que pone la escucha de la palabra por encima de la mirada es el hombre que vive de fe. Ese hombre es Jesús (Hbr 12,2) y ese hombre es el que sigue a Jesús.

Jesús se dirige al hombre ante todo para llamarlo. Lo llama a salir de sí, a perder su vida para ganarla. Desde Jesús aparece claro que ser persona es trascender. La trascendencia se da cuando el hombre se define como oyente de la palabra. Jesús llamó y no consideró como impedimento para responderle ni los negocios ni los lazos familiares (Lc 14, 15-24) ni el riesgo de la propia vida (Lc 9, 23-24). Jesús saca a las personas de sus existencias pautadas y las invita a ir más allá de sí mismas, las invita a vivir una existencia abierta (Jn 1,39; Lc 9,58). Por eso llamó necio al rico que fundamentó su vida con sus muchas posesiones. (Lc 12, 13-21) y a los que fundados en la seguridad que da la religión, no fueron capaces de escuchar el llamado de Dios en sus palabras (Lc 12, 35-48).

EL QUE SE HACE PROJIMO DEL NECESITADO

Esta palabra es humano-divina. Es palabra de mujeres y varones que lo interpelan a uno; pero en ellas uno reconoce la voz de Dios. Es lo que aparece en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 29-37). El doctor había preguntado a Jesús ¿quién es mi prójimo? Y Jesús le responde que esa es una pregunta obvia (prójimo = próximo) e irrelevante (no tiene mérito ni gracia amar al que es de uno: Mt 5, 46; Lc 6, 33). El hombre se realiza cuando se hace prójimo, cuando se aproxima al que no estaba en su camino, en su mundo, cuando se acerca al necesitado. El hombre se realiza cuando el clamor del oprimido se convierte en la meta que orienta sus pasos. El hombre se realiza cuando pone la vida en función del otro. Y ese otro que trasciende al propio yo es para el cristiano el pobre, el oprimido. Sólo en ese otro puede trascender el propio yo y así realizarse. Y sólo desde la solidaridad primordial con el oprimido trasciende el hombre al corresponder a cualquier otro (el familiar, el amigo, el colega). El otro que es el oprimido es el sacramento primordial del otro que es Dios. Por eso la suerte definitiva del hombre, es decir su situación ante Dios, se juega en la solidaridad con el necesitado. En ella se da la solidaridad con Jesús (Mt 25, 31-46).

Si el prójimo es el necesitado es claro que la posibilidad de trascender varía según la situación de cada persona. El necesitado no precisa salir de su mundo para hacerse prójimo del necesitado

ya que el necesitado está próximo a él. El no necesitado sí precisa salir de su mundo para trascender. Ambos precisan salir de sí mismos, descentrarse. Ambos tienen que convertirse. Pero es obvio que la conversión del rico es doble (salir de sí y de su mundo) y por eso doblemente difícil. Por eso si en el evangelio aparece Zaqueo como ilustración de la posibilidad de que un rico se convierta, es cierto que aparece como la excepción que confirma la regla. Por eso proclama Jesús: felices los pobres y ay de ustedes los ricos (Lc 6, 20-24).

Esta es una tremenda paradoja: La persona se realiza cuando trasciende y no todos tienen la misma facilidad para hacerlo. "Es casi imposible que un rico se salve" (Mc 10, 23). Y nosotros, sin embargo, estaríamos tentados de creer que son los ricos quienes más posibilidades tienen de realizarse en la vida. Jesús, pues, pone en crisis la estimativa de la sociedad y eso que esta sociedad se llama a sí misma "occidental y cristiana". Desde el cristianismo sin embargo es bien claro que quien camina a la luz de este mundo es un ciego que no sabe quién es, pero quien se deja llevar por esta lógica de Jesús, camina a la luz de la vida, se realiza como hombre nuevo (Jn 9, 39-41).

El individuo o la sociedad fallan si todo su intento consiste en desarrollarse, crecer desde dentro, afirmarse, poseerse y dominar su entorno. Todo eso es válido, con tal de que esté subordinado a una dimensión más profunda, la única dimensión absoluta del hombre: responder a la llamada de Dios presente

en las llamadas de los hombres que pasan necesidad.

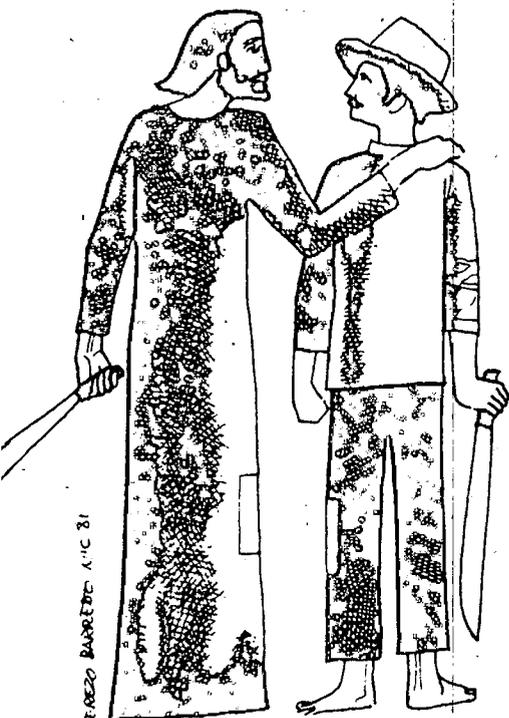
EL QUE SE HACE A SI MISMO EN LA LUCHA DE LA VIDA

Spinoza, intelectual del capitalismo naciente, en su Etica definía al hombre por el conato de perdurar. Y ciertamente que es la caracterización cabal del modelo que propone la "sociedad occidental y cristiana": El individuo que sale a flote de cualquier obstáculo, pase lo que pase y caiga quien caiga. El individuo que se hace a sí mismo a través de la competencia, en la dura lucha por la vida. El hombre absoluto, es decir suelto de todo, sin lazos que le obliguen. El que pone a todo y a todos al servicio del único objetivo fijo: sobrevivir, vivir por encima de los demás, acabar con los competidores. Este hombre es el que caracterizó Hobbes como "lobo para el hombre", pero no es el hombre sin más como él pensaba, sino el hombre del capitalismo naciente. A este respecto hay que señalar que desgraciadamente la lucha de clases no es un invento marxista. Por lo que hace al Occidente la guerra ha sido la base de su proceso concreto y de su conciencia de sí. Heráclito, uno de los primeros intelectuales del Occidente, declaraba que "la guerra es el padre de todo". Y Hegel, el teórico de la burguesía europea, la justificó reiteradamente insistiendo que "a guerra y sangre hay que llevar a cabo la obra cuando se trata de la historia universal". Marx, como intelectual occidental, se inscribe en esta línea y el único matiz que cabe atribuirle es su lucha por desterrar la sangre y confinar en lo posible la guerra en el campo de lo político y lo económico.

Frente a este predominio del yo (individual y cultural) que conduce por una parte al individualismo más disolvente y avasallador y por otra a la divinización práctica de la propia cultura y del Estado, los cristianos afirmamos que la meta del hombre es trascender, no imponerse. La persona se realiza no cuando gana el mundo sino cuando gana su alma (Lc 9, 25). Y el alma se gana cuando, en el amor-de-justicia, se pone al servicio del otro que es el pueblo oprimido. Y esto es casi imposible que lo haga quien impone su yo a la realidad ("pienso, luego existo"), quien se define como conquistador, como colonizador.

LA SOLIDARIDAD NO PASA

Esta es la puerta estrecha de la antropología cristiana: la propia humani-



dad no se arrebatara como un botín ni es el privilegio de los mejor dotados, se alcanza por el contrario cuando se sale de sí solidariamente. El hombre llega a sí cuando trasciende. Y lo único que trasciende es el "ágape" que no consiste en deseo (eros) ni en simpatía (filía) sino en solidaridad con el necesitado. Que es mucho más que atención al necesitado, puesto que es una relación horizontal y mutua. Así pues la solidaridad con los necesitados es la única puerta para la realización humana. A ella deben subordinarse los lazos familiares, los intereses económicos, la patria, la propia cultura, incluso la afirmación de uno mismo. Só-

lo sí la solidaridad con los pobres y oprimidos jerarquiza y reordena los lazos e intereses humanos quedarán éstos legitimados y salvados.

El hombre en Jesús se nos revela como destinado a Dios. Su meta es ser en Jesús hijo de Dios. Esta su orientación definitiva se expresa a través de una relación: el ágape, la solidaridad, el amor-de-justicia. Esta es la única relación histórica de rango escatológico (1 Cor 13,8). La relación matrimonial no es definitiva (Mc 12,25) ni la fraternidad de la carne y la sangre (Jn 1,13) ni la comunidad de raza o de cultura, ni la simpatía que reúne a los amigos. Todo esto pasará (como pasará la Iglesia y sus sacramentos). Sólo permanecerá la nueva fraternidad que se crea al solidarizarse con los necesitados. Ese es el embrión del hombre nuevo y de la nueva humanidad. Esa es la única puerta por la que el hombre se salva y se construye.

SOLIDARIDAD EN VENEZUELA

Y ¿quiénes son en Venezuela estos necesitados? La mejor descripción de estos rostros concretos es la de Puebla 31-40. Necesitados son ante todo los que no alcanzan a conseguir un trabajo estable y cualificado y por eso pasan hambre y sed, no poseen una casa adecuada y son maltratados por los funcionarios civiles y policiales. Estos son los hermanos de Jesús (Mt 25,40-45). Necesitados son los indígenas, los negros, los zambos, los mulatos, los mestizos; en esta sociedad racista ellos son despreciados por su color, por su color son reclutados, requisados, planeados, por su color son objeto de desconfianza y de dis-

crimación. En nuestra sociedad machista discriminadas son las mujeres. En nuestra sociedad urbana son discriminados los campesinos. En nuestra sociedad desintegrada y desmemoriada son discriminados los ancianos. Hay que recalcar que muchas personas concretas reúnen varias de estas características, por ejemplo la mayor parte de los económicamente necesitados son personas no blancas.

Pues bien, desde la revelación de Jesús como el hombre (Jn 19,5) decimos que sólo a través de la solidaridad efectiva con estos rostros concretos podemos hacernos personas. Esto es válido para los propios necesitados, a los que se enseña a desprenderse a sí mismos y a los suyos y para los que solidarizarse con los suyos resulta "pura pérdida" a la luz del orden establecido. Esto es válido para los que habiendo salido de la necesidad tienden casi irresistiblemente a dejar ese mundo a sus espaldas, a negar su pasado y a desconocer a los pobres que lo representan; para ellos la solidaridad es un fardo pesadísimo ¿cómo subir si uno no se desprende de ellos? Esto es válido para los que han creado el orden establecido y controlan las reglas de juego; para ellos la solidaridad efectiva significa luchar sinceramente para cambiarlas, cosa que no se hace sin una pérdida drástica de su situación de privilegio. ¿Es eso humanamente posible? Por eso desde el cristianismo decimos que es casi imposible que se realice como persona (que se salve) un empresario, un alto político, un juez, un gerente, un jerarca... "Aunque para Dios todo es posible" (Mc 10,27) si no dejamos convertir.

EL HOMBRE VIEJO

Plantada esta meta en nuestros corazones (Jesús, el Hombre Nuevo y el amor solidario que nos legó como camino, don y tarea) lo primero que descubrimos a esta luz es nuestra condición de pecadores. Entonces no nos escondemos ni nos disculpamos, como el hombre viejo (Gn 3, 10-13). Ahora confesamos nuestro pecado. Yo he pecado. Yo he causado parte del mal de este mundo. Entender el mal como pecado y luchar contra el mal como pecado es efecto liberador de la revelación de Jesús como hombre nuevo, es la señal de caminar a la luz de la vida.

EL MAL COMO FALTA

Frente a este modo primordial (aunque no exclusivo) de entender el mal, la luz de este mundo (la ideología del orden establecido) nos inculca otros que como experiencias y conceptos secundarios pueden tener sentido, pero que si no se subordinan a la experiencia y el concepto primordial de pecado son males que no tienen cura.

El primero es entender el mal como falta, es decir como no estar a la altura de mi yo ideal y del yo social y cultural que se me impone. Se trataría para todo el país del mal de subdesarrollo; para el pueblo, el de la barbarie, la ignorancia, la incultura; para el joven (sobre todo pobre), el mal de no ser capaz de llegar a graduarse de ingeniero, médico o abogado; para el hijo, el mal de no ser como los padres quieren que sea; para el

hombre de la calle, el mal (el dolor, la frustración) de no alcanzar las cotas de consumo o los modelos de carne y hueso que se exhiben y publicitan por el radio, la televisión, los periódicos y revistas, el cine... Frente a este estado de cosas tenemos que decir que para los cristianos el mal no consiste ante todo en no estar a la altura de un ideal individual o cultural sino en no trascender, que es muy distinto. Esto, por lo que respecta al concepto. Por lo que respecta a los contenidos concretos hay que decir que muchos de esos ideales son destructores del hombre y otros, positivos en sí, no son metas (ni por lo tanto criterios) últimas.

EL MAL COMO CULPA

Ligados a la experiencia y concepto de falta están los de culpa. La culpa consistiría en obrar en contra de ese ideal del yo (individual o cultural) manifestado en la conciencia. Entendemos aquí conciencia como la representante del ideal del yo ante el yo. Este tipo de conciencia no es ningún principio trascendente sino la absolutización del propio ideal o del ideal que la sociedad le inculca a uno a través de la familia, de la educación y de la propaganda. Esta culpa se experimenta como enfado contra uno mismo y con frecuencia viene inducida o al menos reforzada por la reprobación social. El presupuesto de la culpa es la identificación de uno con la idea que uno tiene de lo que debe ser y con la pertenencia a una familia, a una clase, a una cultura. La identificación en comportamientos y sentimientos es lo que a uno le otorga sentido. La falta de congruencia, por el contrario, le hace a uno poco valioso a sus propios ojos y a los de los otros que comparten sus propios valores. De ahí el remordimiento. En el país, en estas horas de crisis, el proceso de culpabilización pública es muy alto, pero no es muy alta la asunción privada de la culpa. En efecto todos los medios culpabilizan a los corruptos, a los jueces, al gobierno que carga la crisis sobre los hombros del pueblo, a los que sacaron dólares ahora piden créditos, liquidez y aumento de precios, a la cúpula sindicalera, a los cogollitos de los partidos, al gobierno anterior, al personal de los hospitales, a los padres irresponsables... Pero ¿quién de los aludidos siente remordimientos? Los culpables no se sienten culpables y tratan de culpabilizar a la sociedad como un todo. Y no se sienten culpables porque ni se sienten íntimamente valiosos ni estiman como valiosa a la sociedad a que pertenecen. Ellos serían culpables si hubiera jueces, es decir si hubiera algún ideal realmente valioso. Pero ellos se han desvalorizado a sí mismos y han desvalorizado a la sociedad. El nuestro sería un país de corruptos, este sería un país de mierda; por lo tanto todo sería válido con tal que se respeten las formas y no lo agarran a uno. Como no hay ley, todo está permitido con tal que uno se someta a las triquiñuelas de la ley.

Hemos afirmado que concebir el mal como culpa no es válido sino como concepto secundario, pues su validez depende del grado en que el ideal del yo (individual y social) esté impregnado por la búsqueda sincera y eficaz de tras-

endencia. Hay sociedades en las que el problema está en absolutizar el ideal de la sociedad. En la nuestra el problema es el contrario: quienes dirigen la sociedad no creen en su valor y tampoco buscan la propia dignidad. Por eso la predicación insistentemente tratando de mantener a como de lugar la ficción, porque en el momento en que el pueblo deje de creer en la sociedad y respetarse a sí mismo sólo por la represión y el engaño podrá mantenerse la cohesión social. Gracias a Dios esto no se ha dado todavía, aun entre la élite dirigente los hay quienes lejos de participar en esa anomia la sufren e incluso la combaten. Pero hay que reconocer que la anomia (la falta de una referencia valorativa consistente) es lo que tiene vigencia social.

EL MAL COMO MANCHA

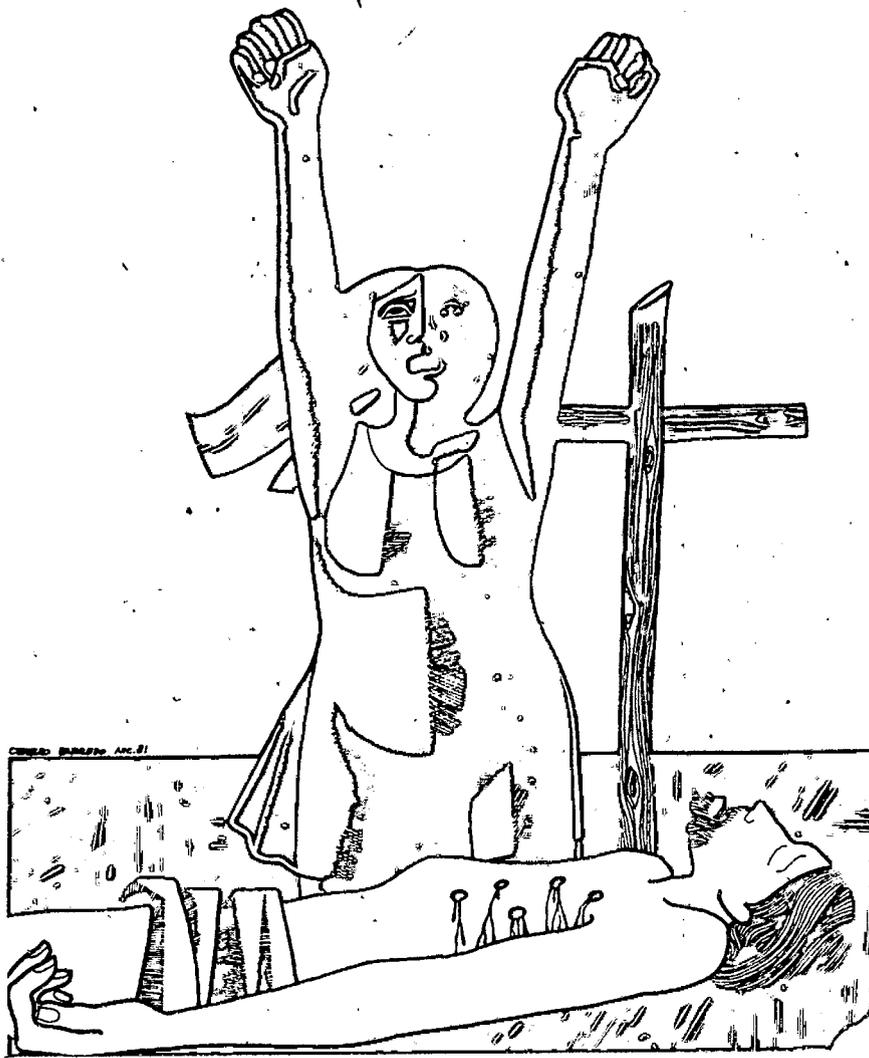
Un tercer modo de concebir el mal, insuficiente y aun negativo, es vivirlo como mancha. La mancha es la suciedad cuasi-física causada por haber contravenido un tabú. De este modo es vivido en parte todavía el mal sexual. Las relaciones con el compadre y la comadre, las relaciones homosexuales, el incesto, el adulterio, provocan un tipo de vergüenza y horror que sobrecoge a los afectados y a su entorno. El mundo sexual por su carácter potencialmente explosivo y por su relación con las fuentes de la vida ha sido rodeado ancestralmente por salvaguardas drásticas. Esto tiene un sentido profundo. Aunque hoy resulta insuficiente. Las mujeres y los varones alcanza la madurez sexual cuando logran la personalización en las relaciones sexuales. No hay tabú cuando lo sexual trasciende al otro. Pero en tanto se alcanza esta libertad espiritual el tabú puede tener una función positiva. Claro está que la sobresaturación del tabú puede destrozar psicológicamente y así ha pasado en algunos ambiente clericales de antaño. Pero hoy el problema es el contrario. La destabuización de lo sexual en la sociedad occidental desarrollada y la contaminación de este fenómeno en nuestras clases dirigentes es un índice inequívoco de la decadencia de esta civilización. La brecha entre sexo y vida y el confinamiento de lo sexual en la esfera del placer es signo de que esta civilización va al suicidio. En nuestro pueblo hay graves desórdenes en la esfera de lo sexual, sin embargo, aún se conserva como baluarte el tabú y más allá de él la recta ordenación del sexo a la vida.

Esta tabuización del sexo se pierden en la noche de las culturas. Pero nues-

tra sociedad, altamente fetichista, engendra otros tabúes que no tienen la ambivalencia del sexual sino que son francamente alienantes y destructores. Un tabú es por ejemplo el comunismo. En nuestro país esta palabra no tiene nada que ver con una fuerza política. No tiene contenido definidos. Manejada por los medios de masificación, es una entidad mitológica, Argamedón, Gog y Magog, la personificación del Mal absoluto. El acusado de comunista o sospechoso de tal es como el leproso o el apestado. Y no hace falta comprobar nada. Es la encarnación del mal, el chivo expiatorio. Con este tabú se descalifica a quien por amor a la liberación del pueblo se atreve a desafiar a los amos de este mundo. De ahí la acusación de curas comunistas que como veneno comienza a verterse en los órganos de opinión para retraer a los cristianos de su misión evangelizadora.

Otro tabú es la ciencia. La ciencia, sobre todo económica, se presenta hoy como algo divino e inapelable. En nombre de esta fría divinidad sin rostro es sacrificado el Tercer Mundo. Y cuando se apela a ella las multitudes bajan la cabeza como los griegos ante la Moira (el Destino). El poder de este tabú es tal que es él ante todo quien pone al descubierto la fragilidad de la vida humana. Es cierto que los bienes materiales son escasos y que su producción, circulación y consumo no pueden ser algo empírico. Pero también es cierto que la ciencia económica parte de postulados que acepta sin discutir y que esos postulados por ejemplo la propiedad privada de los bienes de producción, el mercado, las transnacionales y el Estado, no son entes sagrados, intocables, suprahistóricos sino creaciones humanas que deben volver a someterse a los hombres en vez de ponerlos a su servicio. La ciencia tabuizada esconde egoísmos, mentiras y asesinatos e impide procesar lo que de búsqueda trascendente tiene la ciencia.

Tabú es en Venezuela el poder Político. El Presidente y su tren ejecutivo, los jueces, los gobernadores y hasta un oscuro prefecto en su lugar son seres que tienden a creerse como Pilatos que "tengo poder para soltarte y poder para crucificarte" (Jn 19,10). Poder discrecional. Lo malo es que los demás también comparten esa idea y por eso si son enemigos buscan pasar agachaditos y si son amigos saben que podrán contar con algo. De ahí la adulación y la aceptación fatalista. Que el gobernante sea un servidor público sometido al control de las leyes y a la opinión pública es una



idea que todos repiten pero que no ha calado aún en nuestra sociedad. Hasta que se ve que van a caer, los personeros públicos, sobre todo el presidente y los jueces, son seres más allá del bien y del mal y desde luego más allá de la acción de cualquier ciudadano.

EL MAL COMO PECADO

Frente a estos modos deficientes de concebir, experimentar y procesar el mal los cristianos damos prioridad a la experiencia del mal como pecado. Sólo se comprende lo que es pecado cuando uno se confiesa pecador. Uno se confiesa pecador ante Dios y ante el que ha ofendido. Confesar el pecado es reconocer la ofensa y pedir perdón. Pecado es mala relación o ruptura de relaciones. Si nuestro destino es llegar a ser hijos de Dios y hermanos de los hombres el pecado es no vivir como hijos y hermanos o pretender esto de un modo contrario como lo hizo Jesús. En resumen el pecado es idolatría o falta de solidaridad. Y en concreto ambas funcionan como coordenadas de una misma acción o caras de una misma moneda. Esta unidad viene dada por el carácter del Dios que nos

mostró Jesús. El es el Dios de la vida. Por eso el pecado es negarse a dar y recibir como don mutuo la vida, negarse a trascender.

EL PECADO MATA

La malicia y gravedad del pecado aparecen ante todo ante Jesús crucificado. El murió torturado. El pecado mató a Jesús y sigue matando a los cristos de América Latina. El pecado mata. Mata directamente: asesina. Pero también quita vida: medios para vivir, espacios para vivir comunitariamente, quita la alegría de vivir, el respeto debido a uno mismo y a los demás, la dignidad. Y si no mutilamos la historia, en la muerte de Jesús aparece el juicio de los pecados de los hombres: el pecado que en la muerte de Jesús se revela como mortal es el pecado de la opresión del hombre por el hombre que para mantenerse por lógica consecuencia acaba asesinando. A Jesús directamente lo matan sólo los opresores, el sistema injusto, el pecado del Mundo. Aparece en segundo lugar el pecado de concupiscencia que para acaparar acaba entregando al Justo en manos de sus enemigos. Judas no mata a Jesús. Pero,

como quiere ante todo la plata lo entrega. Indirectamente también lo mata. Y en tercer lugar en el asesinato de Jesús se revela como pecado la resignación. Los apóstoles, los discípulos y el pueblo que había creído en él y lo había seguido de ningún modo matan a Jesús ni contribuyen a su muerte, pero al abandonarlo lo permiten. ¿Habrían matado a Jesús los opresores si todo el pueblo lo defiende?

EL PECADO DEL MUNDO

Tal vez en los años 60, tan expansivos, percibimos el mal como el pasado, como lo que vamos dejando atrás: Hábitos personales bárbaros y estructuras opresivas e infecundas, ignorancia, superstición, falta de potencialidades y de libertad, una gran inercia en nosotros y en la sociedad y dentro y fuera pocas luces, poca racionalidad, sumisión generalizada a las condiciones dadas por más deformadas y restrictivas que fueran. Pero ese mal, mal verdadero, era visto desde una época magnánima y liberal. Se sabía que las dificultades eran enormes pero también eran formidables las energías que le atravesaban a uno como hombre de esa época. Los proyectos eran divergentes, e incluso opuestos; pero todos se proclamaban progresistas, sociales, humanistas. Como se caminaba, se percibían "las pasividades de lo real"; por eso la captación de las dificultades y males se anclaba en lo real y no en sueños románticos. Pero esa lucha contra el mal era más una lucha por desbrozar tierras incultas y corregir malformaciones seculares que una lucha contra el pecado.

No se nos había aparecido el mal en toda su estatura: El mal como la opresión del hombre por el hombre, el mal de la mala fe, el mal del imperialismo rampante que para conservar su situación privilegiada no vacila en aplastar económica, política y militarmente a los pueblos sometidos, el mal del colonialismo interno que por las mismas causas emprende las mismas acciones contra sus propios pueblos. Es el mal más grande que los impulsa de liberación, que los esfuerzos de millones de seres humanos, más que la cantidad. El mal del Príncipe de este Mundo (Jn 12, 31), el mal como fuerza ciega que causa tristeza y desesperanza. Es el mal que Puebla ve materializado en esos rostros sufrientes en los que nos pide que reconozcamos a Jesús que nos interpela (31,39). Si en alguna época ha tenido sentido esa expresión de Teilhard, la hamartiosfera, es en la nuestra. Lo sentimos así. Sólo abrir un periódico o prender la televisión nos asal-

ta avasallante esa impresión. Es una atmósfera que nos enferma moral y espiritualmente, que nos asfixia y contamina. Nosotros la sufrimos. Pero de algún modo también la exhalamos.

En Venezuela se nos presenta como connivencia con la corrupción, co-

mo permisividad, como incapacidad de resistir a ese clima de soborno, de manipulación, de engaño que se presenta con apariencia de honorabilidad. Las palabras pierden su peso y la verdad parece aplastada por el peso de la injusticia (Rm 1,18). En Venezuela se nos presen-

ta el mal engañosamente como mal menor, como mal admitido y por lo tanto convalidado. Raramente se experimenta el mal como mortal. Pareciera que ni quita la vida al que lo comete ni tampoco la quita a los demás. Cuando la realidad es que nos va desangrando.

EL CAMINO DE HACERSE HOMBRE

En el evangelio de Juan aparecen dos casos que simbólicamente representan el estado de la humanidad sin Jesús: el ciego de nacimiento (9) y el paralítico de la piscina (5, 1-15). El primero no camina a la luz de la vida, pero no hay en él pecado, simplemente nunca ha sabido que exista esa posibilidad. El segundo está postrado por su culpa, lleva así casi toda la vida, ve su remedio pero no se siente con fuerzas para ir hacia la salvación y la vida. Jesús se encuentra con ambos. Mediante un diálogo liberador provoca el reconocimiento de la propia miseria y el deseo de salir de ella. Entonces les pide que hagan lo que ellos creían imposible, inútil. Estos hombres se fían de la palabra de Jesús, lo intenta y logran la luz y el movimiento y con ellos la libertad respecto al orden establecido. Frente a los líderes de una situación que los mantenía postrados, se convierten en testigos del hombre nuevo y la nueva sociedad. Son hombres liberados.

DEL RECONOCIMIENTO A LA CONVERSION

El ideal del yo (individual y cultural) le atormenta a uno poniendo en evidencia su falta y su culpa pero sin dar fuerzas para llegar a él (Rm 7, 15-20). Sin embargo la presencia del hombre nuevo desencadena un proceso que produce la superación. Así pues la pura conciencia del deber no es capaz de salvar. El principio de la salvación es un encuentro: el encuentro con una persona que se solidariza con uno. El comienzo de todo es que se fijen en uno, que lo reconozcan, que le dirijan la palabra, que lo reciban. Este comienzo existe para cada persona. Todos somos hijos de amor, Dios ha inventado para cada uno un nombre propio y con ese nombre nos ha llamado de la nada. Eso significa cristianamente nuestra condición de criaturas. Pero ¿cómo sabremos de esa llamada de Dios si nadie nos ha llamado personalmente? Hacernos personas es un proceso y el comienzo no está en manos de uno. Está en las de Dios y en las de otras personas. Dios no falla, pero podemos fallar nosotros. Así pues yo no puedo trascender si otra persona no llega trascendiendo a mí en el amor servicial. Dios nos amó primero (1 Jn 4,19) y un amor humano es también necesario para iniciar el proceso de personalización. Eso decimos cuando afirmamos que lo primero es la gracia y no nuestras acciones meritorias. Nos convertimos cuando sentimos la gracia. No sentimos la gracia cuando nos convertimos. La con-

versión es respuesta. Ese es cristiana y etimológicamente el sentido de responsabilidad.

Es importantísimo que este reconocimiento se dé en la primera infancia en la familia y luego en la escuela y entre los compañeros y vecinos. Pero no es fácil que se dé entre quienes no se saben hijos de amor. De ahí la importancia de la evangelización y de comunidades evangelizadoras que llamen y acojan.

LA LIBERTAD Y LOS POBRES

Al recibir la palabra nace la conciencia de la propia dignidad, del propio valor. Y con ella nace la conciencia de lo intolerable de la situación presente y la indomable voluntad de superarla. Ya la situación no es el horizonte absoluto. Cuando se ha desacralizado el orden establecido se abren otras posibilidades. Nace la libertad. Libertad para verse a sí mismo de otro modo a como lo ve la sociedad, libertad de imaginar y proyectar un futuro distinto y aun opuesto que el que la sociedad le ofrece. Pero libertad que se irá labrando en la dura prueba de la descalificación (Jn 7, 45-52), la excomunión (Jn 9, 22) y la persecución (Mt 10.16,20). Pero sobre todo libertad que se realiza al entregar a otros oprimidos la solidaridad que se recibió, al constituir comunidades de ex-ciegos y ex-paralíticos que son testigos del hombre nuevo y así van haciéndose ellos mismos hombres y mujeres nuevos. Por aquí pasa el hilo sutil, tenue, pero posible y necesario de la libertad que con infinita paciencia es capaz de enrumbar

de algún modo estructuras y necesidades.

¿Quién es el sujeto de este proceso? Los que se reconocen ciegos y paralíticos, no los que se creen sanos y con luz. Estos no tienen remedio (Mt 9,13; Jn 9, 40-41). Claro está que gente de todas las clases sociales puede reconocerse así, pero para los que están arriba es esto muy cuesta arriba. Eso le pasó a Jesús: "Muchos, incluso de los jefes, creyeron en él pero no lo confesaban por miedo a los fariseos, para que no los expulsaran de las sinagogas. Preferían al honor que dan los hombres al que da Dios" (Jn 12, 42-43). Y esto sigue pasando ahora. Eso muestran las Comunidades Cristianas de Base. De ellas podemos decir lo que San Pablo a los corintios: "Fijense, hermanos, a quiénes llamó Dios: no a muchos intelectuales ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia; todo lo contrario" (1 Cr 1,26). Este proceso hacia el hombre nuevo tiene por sujeto al pueblo. Es cierto que los pobres solos no lograrán liberarse. Necesitan el apoyo de científicos y técnicos, de recursos y organización. Pero ellos son el sujeto principal. Mientras ellos no controlen realmente el proceso, no habrá liberación humana.

Sólo enmarcado en este proceso podrá llevarse a cabo el saneamiento de las actividades, grupos e instituciones primordiales en los que se realiza la persona humana y que la configuran. Entre éstos tenemos que mencionar la familia, la vecindad, las comunidades de intereses, la política y el trabajo. En la imposibilidad de referirnos a todos, haremos algunas observaciones sobre el último.

EL EVANGELIO DEL TRABAJO

El tema del trabajo en nuestra sociedad resulta clave para penetrar en la hipocresía del orden establecido. El Estado, las centrales obreras, los partidos, Fedecámaras y la Iglesia exaltan al trabajo y al trabajador. Sin embargo en ninguna de esas instituciones tienen ningún papel activo los trabajadores y ninguno de los personeros de esas institu-

ciones son trabajadores. Esto último se justifica por la necesaria división del trabajo (unos trabajan, otros coordinan el trabajo, otros mantienen la cohesión simbólica e ideológica de la sociedad) y lo primero se matiza diciendo que en las leyes están contemplados y protegidos los derechos de los trabajadores. La verdad desnuda es que en Venezuela los trabajadores no son realmente ciudadanos, su único derecho real es depositar el voto cada cinco años en base a unas listas cerradas; pero no puede defenderse en un tribunal ni es atendido en los hospitales, no tiene posibilidad de vivienda digna ni dieta completa, sus hijos no llegarán a la universidad, no le es reconocido el derecho de huelga, ni siquiera alcanza muchas veces el derecho elemental de todo trabajador que es el derecho al trabajo. Mucho menos a un trabajo medianamente creativo y provechoso para la sociedad. Entre el desempleo, el subempleo y los empleos burocráticos absolutamente inútiles casi la mitad de los trabajadores sienten que están de más, que andan sobrando. No es sólo que no puedan vivir, es también que no pueden realizar esta elemental dignidad humana de trabajar en algo productivo.

Ante esta situación, el texto del Génesis en el que Dios encomienda a la

humanidad la tarea de humanizar el mundo mediante el trabajo (1,28; 2,15) resulta una burla o una exigencia. Una burla si se pretende que esa es la comprensión adecuada del trabajo de muchos compatriotas. ¿Cómo van a sentirse colaboradores de Dios en la empresa creadora quienes se pasan las horas muertas en una oficina donde no hacen nada o se la pasa revolviendo papeles que a nadie interesan, quien vende quintos o revende algo que se puede comprar a la vuelta de la esquina o quien hace un trabajo pesadísimo, mal pagado y obsoleto...? Se le entra a lo que sea porque de algo hay que vivir, pero se trabaja con rabia porque no son trabajos dignos o no son dignas las condiciones en las que se trabaja o las relaciones de producción. Por eso ese texto del Génesis es una exigencia que juzga y condena nuestra civilización. Porque en ella todo está en función del capital, no del trabajador. Esa es la acusación principal de la vigorosa encíclica "Sobre el trabajador" de Juan Pablo II. El trabajo está para la vida del hombre y en primer lugar del trabajador. Y lo más elemental del trabajo es que produzca bienes útiles y ante todo transformar la materia en comida. El trabajo es producido socialmente, socialmente debe ser programado, controlado y consumido. Dios quiere que el trabajo sea

un camino fundamental de trascendencia, de solidaridad. Hoy por el contrario es la fuente principal de deshumanización.

Para poder proclamar en Venezuela "el evangelio del trabajo" (Juan Pablo II) los cristianos tenemos que comenzar cambiando la posición de los trabajadores en el seno de la Iglesia. Es un pecado nuestro no sólo que no exista una vigorosa pastoral de los trabajadores sino también que los trabajadores no tengan voz en nuestra liturgia, en nuestra catequesis, en nuestra predicación, en las tomas de posición de la institución sobre los problemas del país.

Jesús fue trabajador, lo fueron sus seguidores, lo siguió siendo la mayoría de los cristianos activos y relevantes en los primeros siglos. La cercanía al trabajo fue una de las grandes aspiraciones de las reformas en el seno de la Iglesia, señaladamente de los monjes y frailes. Ella se dió muy vivamente entre los fundadores de la Iglesia latinoamericana y gracias a Dios en nuestros días vuelven a estar presentes los trabajadores en la institución eclesial. Ese es el sentido de las Comunidades Eclesiales de Base. Es un reto tremendo para nuestra iglesia venezolana. Sin esta cercanía no habrá solidaridad y entonces ¿cómo lograr trascender?

República de Venezuela
Presidencia de la República



Oficina Central de Estadística e Informática

OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA BOLETIN INFORMATIVO No. 4.

La Oficina Central de Estadística e Informática tiene a la disposición para la consulta de instituciones, investigadores, estudiantes y público en general la siguiente información estadística.

- * Resultados de Avance del XI Censo de Población y Vivienda a nivel Nacional y por Entidades Federales.
- * Encuesta de Empleo y Desempleo Mensual (febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto y septiembre de 1984).
- * Encuesta de Empleo y Desempleo Trimestral (febrero, marzo y abril) (mayo, junio y julio).
- * Encuesta de Empleo y Desempleo Semestral, Nacional y Regional para el primer semestre de 1984.
- * Anuario de Comercio Exterior 1982, 1983 y de enero a abril de 1984.
- * Indicadores de Coyuntura 1ro. y 2do. Trimestres de 1984.
- * Anuario Estadístico 1981 y 1982 Tomos 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.
- * Proyecciones de Población por Entidades Federales y Distritos hasta el año 1995.
- * Documentación completa de la II Conferencia Mundial de Población realizada en México entre el 06 y el 15 de agosto de 1984.

Todas aquellas personas interesadas en información estadística, tanto las editadas por la OCEI como por organismos internacionales pueden dirigirse al Centro de Documentación e Información de este organismo ubicado en la Planta Baja, Edificio Fundación La Salle, Cota Mil, en el horario comprendido entre las 8:30 a.m. a 12:00 m. y de 1:00 p.m. a 4:00 p.m. y en las Oficinas Seccionales de Estadística de la OCEI en las Entidades Federales.